

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 8 DE JUNIO DE 1924

NÚM. 20.392

A OCHO DIAS VISTA

Italia y España



CUANDO aparte la consanguinidad racial, más literaria que biológica, que hemos convenido en ver entre los dos países, España e Italia han pasado por vicisitudes históricas que las han aproximado y las

han desunido alternativamente. ¿No será este momento el más oportuno para recordarlas? Reciente aún el retorno de D. Alfonso de Italia, y en vísperas de que arribe Víctor Manuel II a un puerto español, acaso interese al lector el acompañarnos espiritualmente en la retrovisión de aquellas alternativas de amor y de odio impuestas por el azar belicoso a dos pueblos que parecen hoy definitivamente reconciliados. Remontemos, pues, el curso del tiempo todo lo allá posible, de modo que el panorama histórico que vamos a abarcar nos afronte con seres y cosas sin el menor ligamen con la civilización contemporánea. Algunos eruditos pretenden que de Sicana, ciudad ibérica, procedían las gentes sicanas que en época anterior a la fundación de Roma se apoderaron de Italia, y que aquellas gentes pasaron a la Tinacria, territorio que, por deber su rudimentaria organización política a los siglos, vástagos de los sicanos, tomó el nombre de Sicilia. Crean asimismo aquellos eruditos, sin que sus hipótesis tengan muy sólido fundamento, que los oscos, de origen igualmente hispánico, se establecieron también en Italia con la denominación de etruscos, oscos y ausonios. Lo que está fuera de duda es que muchos españoles acompañaron a Haníbal en su expedición al noble país que hoy riga la simpática y liberalísima dinastía de los Saboyas.

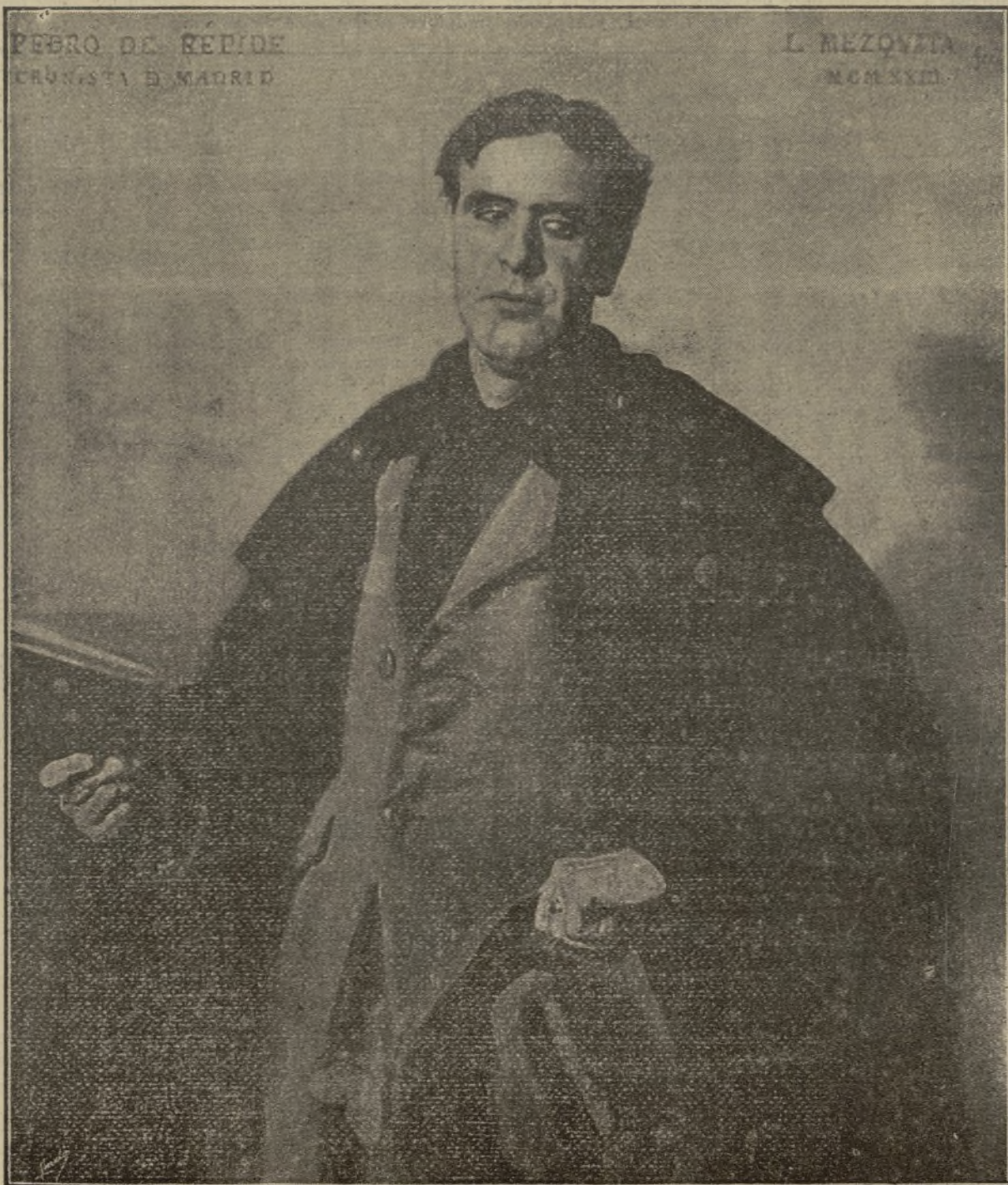
Posteriormente, al fijar su planta guerrera los Escipiones en España, el Senado romano puso empeño en que se consumase la conquista de nuestra Península, para lo cual envió aquí dos procónsules que exigieran de los naturales del país grandes tributos, a título de auxilios, pretensión que, desoída, pudiese dar pretexto a la guerra y a la consiguiente sumisión territorial. La dominación romana, que empezó el año 205 de nuestra era, duró, en realidad, hasta los tiempos de Eurico, o sea más de doscientos cincuenta años, pues, aun después de la invasión de los bárbaros,

conservaba Roma gobernadores en el mediodía de la Península ibérica. De aquel tormentoso período nos es forzoso saltar hasta los tiempos de D. Pedro III de Aragón, conquistador de Sicilia. Muerto Conradino en el cadalso por orden de Carlos de Anjou, debía recaer la corona de las dos Sicilias en la hija de Manfredo, doña Constanza, esposa de aquel Monarca aragonés, y ya se disponía éste a vengar la muerte de su primo político, cuando los excesos de los angevinos provocaron el alzamiento popular denominado *Visperas sicilianas*, que costó la vida a casi todos los franceses que residían en la isla. Inmediatamente el Rey de Aragón movió una gran escuadra, mandada por D. Pedro de Queralta, a la cual se incorporaron las fuerzas sicilianas de Roger de Lauria, que juntas levantaron el sitio de Mesina y se opusie-

ron a la venganza que de lo sucedido se proponía tomar Carlos de Anjou. Aquel triunfo de las armas de D. Pedro, que se debió en buena parte al heroísmo de los almogávares, hizo de Sicilia un anejo de la Corona de Aragón. Al morir don Pedro, dejó sus Estados de Aragón, Cataluña y Valencia a su hijo Alfonso III, y cuanto poseía en Italia a su segundo hijo, D. Jaime. Apenas se hizo cargo éste de los Estados de su hermano, en 1291, nombró gobernador de Sicilia a D. Fadrique, también hijo de D. Pedro III y de doña Constanza, el cual vino a ser elevado al rango real más tarde, cuando renunció D. Jaime al Trono de las dos Sicilias, a trueque de la anexión de la isla de Cerdeña a sus Estados, que se realizó con el consentimiento del Papa, en cuyos dominios políticos estaba enclavada. Sicilia volvió, sin embargo, a

integrar los Estados de Aragón en vida de D. Martín el Humano, soberanía que se prolongó hasta que D. Alfonso V se hizo dueño de Nápoles, donde estableció su famosa corte de escritores y artistas, conocida en la Historia con el nombre de Pórtico del Renacimiento. Muerto el conquistador, y por expresa voluntad suya, pasó la Corona de Nápoles a su hijo natural Fernando, quedando Sicilia y Cerdeña en poder de su hermano don Juan, padre del Rey católico, que las heredó más adelante. Dueño Luis XII de Francia de los Estados de D. Fadrique, nieto de D. Alfonso, pidió el destronado auxilio a su tío el Rey D. Fernando V, el cual prefirió al cumplimiento de aquella obligación familiar, ponerse de acuerdo con el francés, repartiéndose entre los dos los despojos territoriales de su antecesor. El marido de doña Isabel la Católica era, como se ve, un sentimental. Pero estaba de Dios que aquel despojo no se liquidase sin efusión de sangre, y así fue, pues, poco después, por una cuestión de límites, se rompían las hostilidades entre Luis XII y don Fernando V, quedando el campo por los aragoneses, merced al esfuerzo del Gran Capitán, D. Gonzalo Fernández de Córdoba.

La guerra entre franceses y españoles por la posesión de Italia dura, con intervalos poco importantes, hasta 1559, lapso de tiempo que da lugar a la batalla de Pavía y al saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbón, que muere en el asalto. Carlos V vistió de luto como protesta contra los desafueros de sus parciales en aquella jornada. En 1559, y como resultado de la batalla de San Quintín, ganada por Manuel Filiberto de Saboya, sobrino o primo de Felipe II, le fueron restituidos a aquel Príncipe italiano los Estados que conservaban los franceses en su poder, quedando incorporados a la Corona de España los territorios de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, hasta la muerte de Carlos II el Hechizado. A partir de entonces, los Saboyas, no solamente fincan de día en día más su poderío en Italia, sino que su nombre se enlaza con otras dinastías. Víctor Amadeo II es uno de los aspirantes a la Corona de los Austrias. María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, es Reina de España, y regenta el reino mientras su marido bate al enemigo, titulándose, modestamente, «la mujer de un soldado que está en la guerra». Poco después pierden los Borbones sus dominios italianos, y el Duque de Saboya asume, por la paz de Utrech, la Co-



PEDRO DE RÉPIDE, CRONISTA DE MADRID.—RETRATO POR JOSÉ MARÍA LÓPEZ MEZQUITA

Al rededor del estilo

VIII

rona de Sicilia; pero como Isabel Farnasio, segunda mujer de Felipe V, no se resigna a que sus hijos no sean Reyes, se opera la reconquista de Nápoles y de Sicilia durante la guerra de Sucesión austriaca, y Carlos III, presunto heredero de Toscana, es, antes de reinar en España, soberano de aquellos Tronos italianos. Transcurre el tiempo, y la sangre italiana vuelve a vincularse con el destino de nuestro país, pues, posteriormente, dos italianos, Carlos IV y D. Amadeo I de Saboya, entrambos italianos, se ponen como Reyes al frente de España. En resumen: que sobre las intromisiones de un país en el otro, según las vicisitudes históricas, está el hecho, repetido varias veces, de los entronques y alianzas de los Príncipes de la Casa de Saboya con los Austrias y Borbones españoles. En el panteón de El Escorial reposan las cenizas de doña María Luisa la Saboyana, madre de Luis I y de Fernando VI de Borbón, y supónese que en uno de los nichos de aquella cripta yacen los restos de otro Príncipe de la misma Casa: el vencedor de San Quintín.

En general, los Saboyas fueron siempre hombres de principios liberales, sobre todo en época reciente. Es de notar, sin embargo, que Carlos Alberto, el padre de Víctor Manuel, que tanto se afanó por las libertades italianas, no vaciló en venir, según nos dice Mesonero Romanos, al frente de los cien mil hijos de San Luis, con el duque de Angulema, a perturbar con las armas las libertades públicas de España. Ya con la pluma en la mano, cómo resistimos a evocar el fugaz reinado de D. Amadeo de Saboya en España? Es creencia muy extendida la que atribuye la abdicación de aquel admirable Monarca, tan sencillo y tan fiel observador de las normas constitucionales, a la actitud del Cuerpo de Artillería, que al advertir que se le confiaba un mando al general Hidalgo, mal visto del Cuerpo a causa de su intervención en los sucesos del cuartel de San Gil, pidió la absoluta, disolviéndose voluntariamente. Nosotros disintimos de esa creencia. Aunque el Monarca hubiese aceptado la disolución del Cuerpo de Artillería, según la voluntad de Ruiz Zorrilla, don Amadeo, que no ignoraba la aversión con que era mirado por nuestra aristocracia, hubiese abdicado. Era demasiado hombre aquél para devorar desaires en silencio. Al marcharse de España se llevó en el corazón la amargura de no haber podido hacer felices a sus súbditos, y era porque él interpretaba cierto estado pasional de nuestra clase linajuda como el sentimiento colectivo de la nación.

Después acá, aunque Dios siga siendo, como sostiene Cristián Bunsen, el motor oculto de la Historia, la acción providencial no ha favorecido a los dos pueblos en igual medida. Italia ha llegado a ser una nación poderosa y temida; y nosotros hemos caído de categoría. Ese contraste, ¿qué significa? A nuestro modo de ver, que Dios se revela en la Historia, no con la proyección milagrosa que esperan de él las naciones incultas y perezosas, sino en forma de ideales concretos y de organización, esto es, materializando la inteligencia y la fuerza, que son los verdaderos brazos que tiende la divinidad a los hombres y a los pueblos. El acierto de Italia ha estado en comprender la superioridad del esfuerzo sobre la eficacia de la devoción, al revés de lo que se entiende aquí, donde todos queremos tener propicio a Dios por el mero homenaje de nuestras palabras.

Manuel BUENO

Porque sí, hay que insistir—sin insistencia no hay existencia que valga—, hay que darle vueltas al rededor de eso del dualismo de alma y cuerpo, que es la esencia del problema—eternamente problema—del estilo. Y el problema del alma y del cuerpo es el del contenido y el continente.

Pero ¿cuál es el contenido y cuál el continente? ¿Cuál la materia y cuál la forma? Los escolásticos le llamaron al alma la forma sustancial del cuerpo; pero toda forma, si es algo, si es más que pura nada, es sustancial. ¿Es el cuerpo la materia del alma o es el alma la materia del cuerpo? Aquí está todo.

«El estilo—se ha dicho alguna vez—es el alma de una expresión.» Pero es lo mismo que decir que es la expresión misma viva. El cadáver de la expresión, sus palabras, si la expresión es hablada o escrita, las palabras que se registran en un Diccionario y las figuras de flexión que registra la Gramática, eso no es ni cuerpo. Empiezan a ser cuerpo cuando un alma las anima. Y puede darse el caso de que unas mismas palabras, en el mismo orden y construidas del mismo modo, digan algo o no digan nada. Según quien las pronuncie.

Una sentencia profunda o ingeniosa pronunciada por uno, por el que la creó, el que le dió forma, es algo, y repetida

luego por un tonto no pasa de ser una tontería. La misma frase en dos bocas distintas hace dos frases.

La profundidad está en la sobrehaz, en la superficie; la profundidad es superficial. La misma palabra profundidad no quiere decir lo mismo que «diondura»; son de dos estilos. Como no quiere decir lo mismo sobrehaz que superficie, y puede ocurrir que aquel vocablo: «sobrehaz», el romanceado, el castizo, el digerido, resulte más pedantesco, más muerto, menos original, que el término culto, latinado, indigesto: superficie. Así «raudo» es la forma romanceada, a estilo popular, de «rápido», y, sin embargo, «rápido» es hoy lo vivo, y «raudo» lo muerto. «Raudo» apenas si se usa más que en eso que los tontos llaman poesía—y que no es nada, ¡claro!—, y esas palabras a que se llama poéticas son las menos poéticas.

Los tontos—cuyo número es infinito—hablan de «estilo poético». ¡Estilo poético! Pero si todo estilo es poético, o sea creativo, y si no es poético no es tal estilo, no existe. Porque lo que no crea no existe, no es cosa, es nada. Que cosa quiere decir causa.

En las últimas ediciones del Catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete, S. J., los jesuitas, en su odio demónico al estilo, a la personalidad, a

la humanidad, han modificado la definición—llamamos así—que de Dios daba aquel castizo padre. Decía que «Dios es una cosa la más excelente...», y seguía. Han quitado lo de cosa, sin percatarse de que Dios es, ante todo y sobre todo, una cosa, una causa. ¿Será porque creen que cosa dice toque a cuerpo, a materia? Acaso, como el bueno de don Juan Manuel, Ortí y Lara nos decía que llamar la Humanidad al género humano era caer en pecado de panteísmo, crean nuestros jesuitas de hoy, redomados materialistas y hasta las cachas, que es caer en panteísmo llamarle cosa a Dios. Y no se fijan en que en el sentido pecaminoso de cosa, no en el poético, sino en el retórico, cosa, y nada más que cosa, es eso del Sagrado Corazón. El corazón es cosa, sí, es causa, en el sentido poético; pero en el sentido jesuitico, el corazón es pura materia, pura nada, pura vaciedad. Y el que quiere saber lo que no es estilo, que se fije en la manera Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús.

Que acaso la mejor manera de definir, lo mismo que las demás cosas, el estilo, es señalar lo que no es. Porque definir es marcar lo que algo no es. Cuando se cierra con unas tapias un corral, ¿se cierra el corral o todo lo que está fuera de él? Cuando se encierra uno en una celda, ¿no es que cierra todo el mundo que fuera de la celda queda? Cuando le meten a uno en una cárcel, ¿no es que le libertan del resto del mundo? Cuando le enjaularon a Don Quijote, ¿no fué que enjaularon a la España que fuera de la jaula se burlaba de él?

Le hemos llamado cosa al estilo al decir que la mejor manera de definir, como las demás cosas, el estilo, es señalar lo que no es. Y el estilo es, en efecto, cosa, es causa; es en el arte la cosa, la causa por excelencia. El estilo es el que crea belleza.

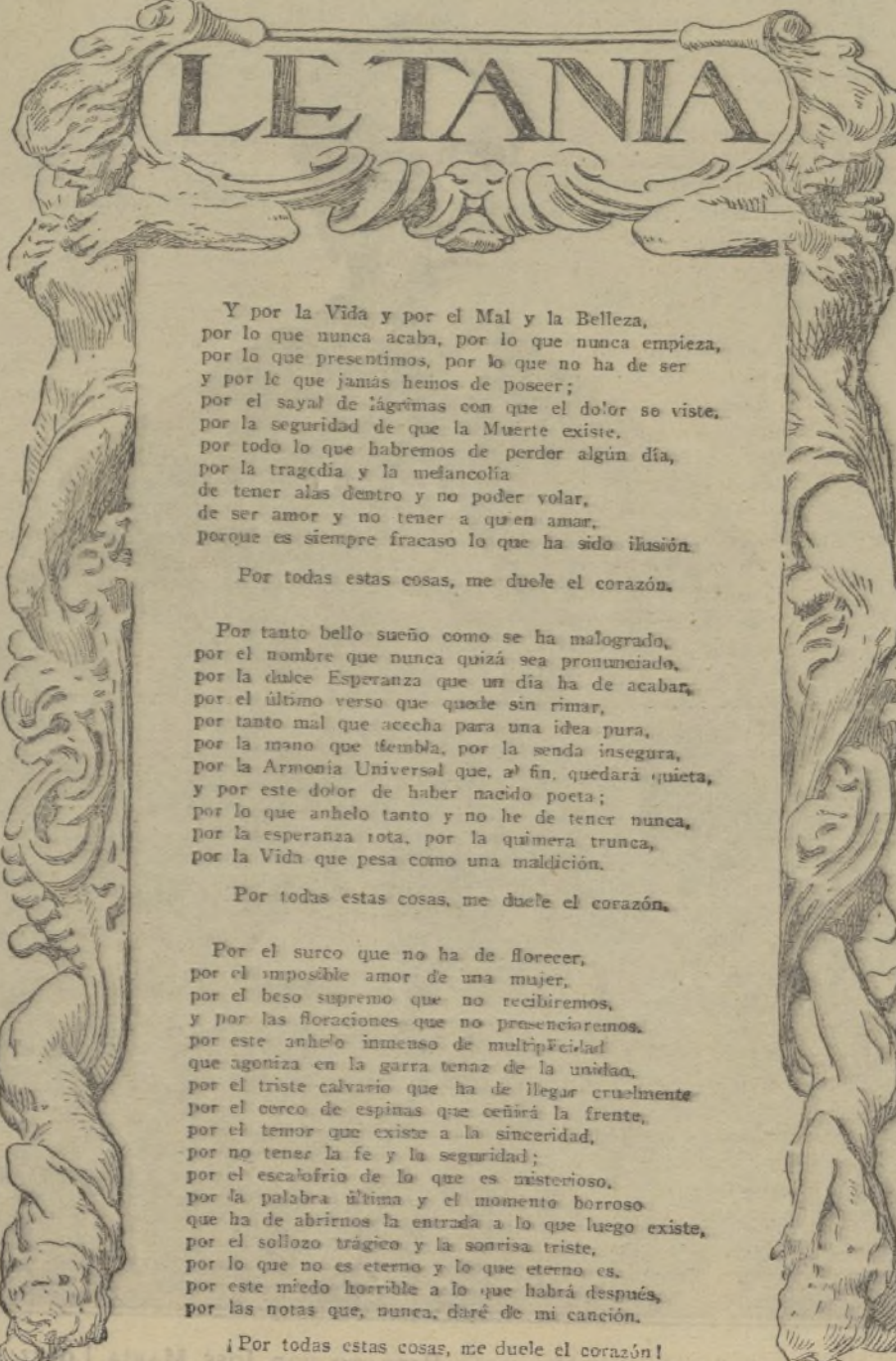
Y ahora, dejadme descansar un rato. Estos últimos días hemos salido a la mar, a esta mar maternal, manadero de consolación, que separa a Fuerteventura del continente africano. Mis compañeros iban a pescar peces; yo a pescar metáforas hundiendo mi mirada en el regazo de las olas azules. Ellos pescaron cabrillas, y yo contemplaba a las pobres cabrillas agonizando, por falta de agua, en el fondo del bote. Era un espectáculo trágico. Y pensaba que un pájaro se ahogaría en el fondo del mar y que el pobre pez se ahogaba en el fondo del aire. Nosotros mismos agonizaríamos en el éter. El pensamiento se ahoga en un estilo etéreo, sin cuerpo, o sea sin estilo. Y ya examinaremos esta que los tontos llamarían paradoja, del estilo sin estilo, del estilo que a puro estilizar se destruye a sí mismo. Y en tanto, me persigue la metáfora de ahogarse—*adlocare se*—que es en fuego. Como «sofocarse». ¡Y ahogarse en... agua!

Miguel de UNAMUNO

CRÍTICA LITERARIA

«El café donde se ama» (novelas) por José Francés : : :

Bajo el título de una de ellas, la primera en el orden serial, reúne José Francés en este volumen cuatro novelas cortas—*El café donde se ama*, *La cadena*, *El delito de soñar*, *Piedra en torrente*—, que, aunque no escritas con arreglo a un plan común, a una idea central que hubiera de desarrollarse en cuatro planos o aspectos, no desdichan de verse juntas en un mismo tomo, guardando entre sí, a falta de otra unidad,



Y por la Vida y por el Mal y la Belleza,
por lo que nunca acaba, por lo que nunca empieza,
por lo que presentimos, por lo que no ha de ser
y por lo que jamás hemos de poseer;
por el sayal de lágrimas con que el dolor se viste,
por la seguridad de que la Muerte existe,
por todo lo que habremos de perder algún día,
por la tragedia y la melancolía
de tener alas dentro y no poder volar,
de ser amor y no tener a quien amar,
porque es siempre fracaso lo que ha sido ilusión.

Por todas estas cosas, me duele el corazón.

Por tanto bello sueño como se ha malogrado,
por el nombre que nunca quizá sea pronunciado,
por la dulce Esperanza que un día ha de acabar,
por el último verso que quede sin rimar,
por tanto mal que acecha para una idea pura,
por la mano que tiembla, por la senda insegura,
por la Armonía Universal que, al fin, quedará quieta,
y por este dolor de haber nacido poeta;
por lo que anhelo tanto y no he de tener nunca,
por la esperanza rota, por la quimera trunca,
por la Vida que pesa como una maldición.

Por todas estas cosas, me duele el corazón.

Por el surco que no ha de florecer,
por el imposible amor de una mujer,
por el beso supremo que no recibiremos,
y por las floraciones que no presenciaremos,
por este anhelo inmenso de multiplicidad
que agoniza en la garra tenaz de la unidad,
por el triste calvario que ha de llegar cruelmente
por el cerco de espinas que ceñirá la frente,
por el temor que existe a la sinceridad,
por no tener la fe y la seguridad;
por el escafio de lo que es misterioso,
por la palabra última y el momento borroso
que ha de abrirnos la entrada a lo que luego existe,
por el sollozo trágico y la sonrisa triste,
por lo que no es eterno y lo que eterno es,
por este miedo horrible a lo que habrá después,
por las notas que, nunca, daré de mi canción.

¡Por todas estas cosas, me duele el corazón!

Antonio CAMPOY

la del estilo, que siempre se mantiene alto y limpio en su autor, y esa inquietud de buena noble literaria que nunca le abandona. Lo primero que comprobamos—o recordamos, más bien—al leer estas narraciones, es que su autor es uno de los verdaderos maestros de la novela breve y del cuento, sin que esto quiera decir que no domine también la novela grande, en la que ha producido obras de perdurable valer, ya por mí mismo en otras ocasiones alabadas—*Alma viajera*, *La raíz flotante*—; sino que en este marco reducido, sus condiciones de novelador resaltan con más energía, al par que su prosa, llena de ardor y de música, que adquiere en ocasiones elevada poética, se presta más al lento y gustoso paladeo. La novela grande resulta demasiado caudalosa para que se puedan apreciar debidamente ciertas bellezas de refinada calidad, que en la novela corta y en el cuento saltan en seguida a la vista. José Francés pone de realce en estas narraciones menores su arte de construir, su tendencia al primer verbal y su búsqueda del caso raro e interesante, espigando en todas las regiones de la vida y del alma, sugeridoras de argumentos. En *Miedo*, *Páginas de amor*, *La ruta del Sol*, *Cuentos del mar y de la tierra* y *El espejo del diablo*, ha recogido nuestro autor muchedumbre de cuentos, que proclaman su maestría en este género literario, que muchos dicen tan francés, y que no es sino muy español, o cuando menos, adquiere entre nosotros una profundidad o una seriedad apasionada, de novela en canafo, que no tiene en otras literaturas. El cuento español se diferencia por su plenitud de dimensiones del frívolo cuento francés y del gesticulante «racconto» italiano, y no digamos nada de los que surten, copiosos, los *magazines* angloyanquis. Nuestro cuento aspira a ser toda una novela en pequeño, y así es en nuestros buenos cuentistas; en la Pardo Bazán, en Blanco-Fombona, en José Francés...

En la novela corta ha conseguido el autor de *El café donde se ama* aproximarse muchas veces a la obra maestra. Colaborador asiduo de las publicaciones periódicas a ese género literario consagradas, sus narraciones menores no desmerecen en nada al ser recogidas en tomo, sino que se ofrecen a la mirada del crítico en muy decorosa compostura. José Francés es siempre el escritor punzonoso, serio, amigo de su arte, incapaz de escribir nada por compromiso ni por innobles urgencias, y que si se equivoca acaso, yerra ingenuamente, por haber concedido categoría literaria y toda la hospitalidad de su pluma a asuntos o temas sin brillantez, de esos que aconsejaba desear Horacio. Hago constar esto, porque una de las condiciones más sobresalientes de este escritor joven, ya ornado con lauros académicos, es la absoluta seriedad de su intención, el anhelo por perfeccionar su estilo y su técnica, empeño en el que ha consumido noblemente toda una juventud, y que hoy se nos muestra ya coronado por un logro en el que tiene tanta parte la paciencia como la inspiración. Cuanto escribe hoy José Francés lleva ya el sello del maestro.

Pero donde, como antes decía, resalta más el escritor, es en la novela corta. No olvidemos que una narración menor—*Alma viajera*, publicada en el *Cuento Semanal*, y elevada luego por él a las dimensiones de novela grande, fué la que consagró su nombre juvenil. Sus novelas grandes adolecen, como en general las de sus colegas actuales, de esa monotonía en paisajes y asuntos, que una vida sedentaria o poco diversa impone a la labor de nuestros novelistas,

en cuanto pretenden rebasar el marco de lo puramente subjetivo o regional para elevarse a la categoría de la novela épica. Creo que en los momentos presentes, sólo autores como Insúa o Antonio de Hoyos pueden caminar sin peligros por ese campo de más amplia experiencia. *Alma viajera*, *La guarida*, y, a trechos, *La raíz flotante*, de José Francés, son buenas novelas, porque reproducen un paisaje y una experiencia, limitados, pero reales. Por la misma razón, sobresale nuestro autor en la novela corta, sobre todo cuando acierta a fijarse en un tema como el de *El café donde se ama*, perfectamente asequible a la observación, y cuyos contornos pueden abarcar incluso con la vista física. Entonces, el autor, familiarizado con ese breve lienzo, asistido de un don de percepción lírica y de un bello estilo, traza ese admirable cuadro de carácter y época, que recoge en sí cuanto puede dar la realidad, como materia de arte. Y resulta esta gustosa novelita más bien poe-

ta, donde el café individual que el autor eligió como teatro se convierte, sin buscarlo en el café, en el prototipo de todos los cafés del momento. Este discreto y amable retrato madrileño llevado por Francés a la Literatura, quedará—o mucho me engaño—grabado en la memoria del lector como algo genérico, como un compendio de todos los matices y sensaciones que en nosotros despierta hoy esa palabra, que lo tuvo tan distinto para los franceses del siglo XVIII y para los españoles del siglo XIX. Francés ha tenido además un acierto y como una misericordia al hacer ese poema inspirándose en unas costumbres que van insensiblemente evolucionando. *El café donde se ama* es un apunte madrileño de tanto valer y tanto encanto, como *Del Rastro a Maravillas*, de Répide, y *La catirce*, de Mata. Las restantes novelitas del volumen, valiosas en sí, desmerecen al lado de esa obra maestra.

R. CANSINOS-ASENS

GOYA.-LOS DIBUJOS

UN poco desdenados han sido los dibujos por los críticos y aficionados de España, y escasa es la bibliografía que les concierne; sin embargo, su atento examen, su reflexiva contemplación, tiene un encanto indefinible; es un refinado, supremo placer espiritual, y nuestros tratadistas debieran incorporar a sus trabajos este tema de los dibujos, que resuelto de un modo moderno, revelaría nuevos aspectos de los maestros de nuestra escuela; sería una senda más para llegar a definir lo más precisamente posible el complicado carácter estético español, porque en esos trozos de papel, de variables proporciones, que el tiempo señaló con patinosas arrugas, ensayos, unas veces, para obras de empuje; rápido reflejo, otras, de cosas vistas y posteriormente recordadas; ya apuntes del natural, ya imaginativos tanteos, aparece íntegra la personalidad del artista, más independiente, en ellos—liberada de enojosas concesiones, de claudicaciones lamentables—, que en otras obras realizadas con mayor amplitud de propósito que no de concepto.

Tienen los diseños el considerable valor de lo espontáneo; representan un interesantísimo momento en el proceso genérico de la obra pictórica; deflaman influencias y semejanzas que pasaron inadvertidas, e introduciéndonos en la intimidad artística de los grandes maestros, como testigos de la lucha entablada entre su cerebro y los medios expresivos por el logro de una representación clara y justa de sus ideales, contribuyen no poco a esclarecer problemas de arte que a cada paso surgen y reclaman la atención crítica.

¿Dónde ir, a qué lugares encaminar nuestros pasos, para conocer el genio inquieto de Leonardo? ¿Al Louvre, a contemplar el retrato de la esposa de Francisco del Giocondo y la Virgen de las Rocas, o acudiremos a Milán a postrarnos ante el cenáculo de Santa María de las Gracias?

Ni la maravillosa, con su sonrisa hecha de músicas y perfumes, ni la sagrada escena con su incomparable seriedad, revelarán el secreto del de Vinci. Para recoger el espíritu multiforme del discípulo de Verrochio, abriremos, fervorosos, sus cuadernos de dibujos, y en aquellas bellísimas imágenes de mujeres, en aquellos proyectos de máquinas guerreras y atrevidas arquitecturas, en

aquellas cabezas monstruosas, encontramos a Leonardo, el genial extravagante.

Y no es este atractivo, de documentos en la historia de una evolución estética, el único que los dibujos poseen, sino también el de su belleza propia. Alberto Durero pone en sus dibujos, en sus grabados, lo mejor de su alma; ellos le consuelan del pesado trato, de la fatigante relación directa con los compradores de sus pinturas.

Los dibujos goyescos participan de uno y otro interés, y presentan además un carácter peculiar que los distingue, no sólo de aquellos que perfilaron la mano de otros artistas españoles, sus antecesores; también de todo lo anterior y circundante indígena y extraño. Son, en su mayor parte, verdaderas confesiones estos desahogos artísticos, y ante nuestros ojos asombrados desfilan, en gráfica expresión, bella y sincera, todos los estremecimientos espirituales de un ser elegido. Goya, al trazarlos, está escribiendo su biografía, no la externa, llena de fechas y sucesos, sino la íntima, las reacciones de su alma ante aquellos mismos sucesos, la pura historia de sus pasiones, sus ideas y sentimientos.

Y es que el lenguaje goyesco es el diseño; sus palabras, líneas; sus ideas, luces. Ninguno de sus biógrafos logró conseguir, al hablarnos de sus relaciones con la duquesa de Alba, la justeza con que él mismo las expone en las figuras deliciosas del llamado álbum de Sanlúcar. Estos dibujos son a Goya lo que a Miguel Ángel las cartas y poesías dedicadas a Victoria Coloma, marquesa de Pescara.

Indicado queda el sabor de los dibujos en general como cosa espontánea, como manifestación la más personal de un autor; pero el intimismo de los dibujos goyescos es muy distinto, y esto les presta la atrayente simpatía, el gesto grato, el alto interés que poseen. Lo íntimo en los dibujos de otros maestros se refiere al individuo como artista, a su instinto estético, a sus modos de composición, a detalles sólo perceptibles por los iniciados; en los de Goya se refiere al individuo como tal, al hombre, al ser que siente y piensa.

Si los dibujos de Fragonard constituyen el diario de su vida imaginativa, de los dibujos de Goya, puede decirse son el dietario de su vida toda. Goya traduce en líneas sus sensaciones, y la línea

es risueña, cantarina, locuaz, alegre, recogida, triste, atormentada, violenta, según el momento, según la ocasión. De aquí lo vario de los dibujos goyescos, no sólo de espíritu, conjuntamente, de procedimientos de ejecución.

Hasta el ningún artista se nos ha dado tan por entero; Goya se entrega pleno, por pura necesidad de su franco temperamento y no en el nombre de una estética teórica. Por primera vez en la historia del arte es el pintor mismo el asunto de sus obras; no vemos en ellas la realidad o el mito; a través de un temperamento nos ponen en contacto con el temperamento mismo. Si conforme a la teoría del punto de vista enunciada por Ortega Gasset, la historia artística occidental no es más que una sucesiva aproximación del objeto de la visión al sujeto vidente, Goya será un jalón entre Velázquez y el mundo contemporáneo, como Tintoretto lo fué entre el Renacimiento y el glorioso sevillano.

Contemplar los dibujos es, en verdad, acompañar a sus autores durante unas horas de trabajo, las horas llenas del entusiasmo creador; esas horas plenas, repletas de vida que parecen durar menos tiempo del debido; horas de fiebre y esfuerzo; horas nuestras, bien diferentes de las otras vulgares y anodinas que la vida social nos fuerza dedicarle. Pues bien; admirar los dibujos goyescos es vivir al lado de Goya, vivir con él.

Esta aragonesa franqueza obliga a distinguir dos épocas en la obra del pintor: la del Goya alegre, de los chisperos, y la del Goya atormentado y ceñudo del Saturno; para el primero la vida toda se resuelve en risas, en jovial, placentero juego; para el Goya sombrío y calenturiento, la vida es triste lucha; los chisperos tornan monstruos. No obstante, la distinción es más aparente que real; la producción de una y otra época es un proceso evolutivo, lógico, sin saltos. No hay un Goya del siglo XVIII y otro del XIX exactamente. Goya, enamorado de su arte, afanoso de perfección; Goya, artista, es siempre el mismo. La vida agita tumultuosamente, apasionadamente a este ser; pero—y esto es lo que demuestran los dibujos mejor que otra alguna percepción de su obra considerable—Goya mantiene siempre encendida su antorcha. Si en sus años mozos le mueve el afán del triunfo, de celebridad, recibirá luego de una mujer el impulso; más tarde le atormentará el brio de unas ideas redentoras.

En la labor goyesca, a un ideal sucede otro; Goya está siempre en camino; su sensibilidad, despierta siempre; su obra es una espléndida sucesión de esperanzas, y en esto se diferencia de la magna de Velázquez; en el pintor de Felipe IV hallaremos una delicada tristeza, un melancólico desdén, aquel «dolorido sentir» de Garcilaso. Goya nos cegará siempre con su «sed de ilusiones infinitas».

A. BAEZA

PENSAMIENTOS

En política, sólo los grandes hombres, como en el teatro los grandes actores, son dignos de admiración. Los demás, sólo son comparsas.

El arte que no sabe evocar en un verso, en una frase, en una melodía, de una pincelada, todo un momento de la vida, será labor de orfebrería, pero no un arte.

El amor a los hijos es el más grande de todos, porque, aunque egoísta en su esencia, ninguno le iguala en abnegación.

Remy DE GOURMONT

LA LIEBRE DE INABA

Cuento para niños por José Bruno

UNA vez eran ochenta y un hermanos, todos ellos príncipes del país, los cuales no se conducían ciertamente como tales hermanos, sino que se manifestaban enemigos unos de otros, porque los ochenta y uno pretendían ganar el trono para dominar a los restantes y gobernar en todo el reino.

Muchos sucesos y detalles revelaban la franca y declarada competencia de los ambiciosos, pero quedan para el acta de rivalidades, que es la historia, sus murmuraciones amargas, sus luchas y las difamaciones en que se empeñaban. Basta decir que se aborrecían mutuamente, lo que entre hermanos no puede ser más monstruoso.

Y, además, todos deseaban casarse con la misma princesa, quien se llamaba princesa de Yakami de Inaba.

La joven era extremadamente linda. Su tez amarilleaba, delicada y lustrosa, como los crisantemos de los jardines de Kioto; entre sus oblicuos y suaves párpados se insinuaban, escondidas, dos pequeñas perlas azules, móviles y lucientes; la boquita era tan agradable, que cualquiera de sus movimientos dibujaba una sonrisa dulce; su frágil cuerpecillo, en fin, envuelto en sedas multicolores, era un regalo de confitería o de bazar.

Añádase a esto que casarse con ella significaba unir las tendencias dinásticas del reino, y se comprenderá cuán apasionadamente se la disputaban los príncipes.

Pensando éstos que no podrían casarse todos y regir el pueblo, y que uno solo debería ser el preferido, diéronse a cavilar envidiosamente cuál de los ochenta y uno sería el uno...

Y al fin tomaron la resolución definitiva: partirían a Inaba, y cada cual de ellos trataría por su cuenta y riesgo de persuadir a la princesa y de agradarle.

Ahora bien; aunque los ochenta hermanos se detestasen mutuamente, todavía se hallaban de acuerdo para aborrecer más al ochenta y uno, que era un joven honesto y tranquilo, no aficionado a quejas ni pendencias, cualidades que enconaban más el odio de los otros.

Cuando se pusieron en camino para el convenido viaje, los ochenta hicieron que el más detestado marchase a la zaga de ellos, llevando el equipaje, como si le tuviesen de criado; y allá iba éste, humildemente detrás, no solamente por su pacífico carácter, sino por la pesadumbre de su carga.

Poco a poco los ochenta príncipes arribaron al cabo Keta, y allí encontraron una liebre con la piel toda escoriada y desprendida; una pobre liebre tendida en el sendero, visiblemente enferma y abandonada a su penoso estado.

Los ochenta príncipes dijeron a la liebre:

—Vamos a indicaros, señorita liebre, lo que debéis hacer: id a bañaros en el agua del mar, después id a tenderos en la falda de la montaña y dejad que el viento sople sobre vos; esto hará que se reponga y cure vuestra piel; tenedlo por seguro. Y abur, que os aliviéis y volváis pronto a estar sana y en disposición de que os guisen.

La pobre liebre les creyó; tomó como buena la recomendación malintencionada de los príncipes; corrió, pues, a bañarse en el mar, y luego se acostó, puesta al sol y al viento.

Pero como el agua salada secaba, la piel enferma de su cuerpo crujía, y quedó lamentablemente acorchada, debido al viento y debido al sol; de suerte que allí permanecía el animal exhalando quejidos, en triste situación y más gravemente llagado que antes.

Los ochenta príncipes se habían conducido como ochenta villanos.

El príncipe ochenta y uno, que caminaba muy detrás de los otros, llegó al fin cediendo y sucumbiendo bajo el peso del abultado y macizo saco a la espalda.

Así que vio la liebre, yacente y maltrecha en tal grado que le inspiraba lástima:

—¿Por qué—le dijo—estáis aquí en esa circunstancia y tan dolorosa?

Respondió la liebre, con apagada voz:

—¡Ah! Tened piedad y favorecedme con deteneros un instante, y yo os referiré toda mi historia. Me hallaba en la isla de Oki, señor, y quería pasar a este lado de la tierra firme. No sabía cómo hacerlo, cuando me vino de repente una

gravísima pregunta, ni a mí nunca me ha importado una brizna...

Lo que me importaba era pasar al cabo Keta.

Y los cocodrilos, raza irreflexiva, que no piensa nada y que, por tanto, acepta las ideas que le dan, consintieron en mi proposición. Los saurios llegaron y se colocaron en hilera. Miedo daba verlos; relucían sus escamas, y más aún sus dientes, agudos, blancos e innumerables.

¡Qué raro y caprichoso puente formaban y qué igualado y recto!

Flotaban, mansos, meneando gravemente las colas, alzando los hocicos al aire. Algún impaciente no se estaba quieto, pero no descomponía la línea; otro



idea. Les dije a los cocodrilos de la mar: «Contemos cuántos cocodrilos hay en el agua y cuántas libras sobre la tierra; pero, si os parece, comencemos por los cocodrilos. Que cada uno de vosotros venga y se ponga en línea desde aquí al cabo Keta; de este modo, corriendo sobre vuestros lomos acorazados, yo os contaré. Cuando ya haya concluido, contaremos las liebres, y entonces sabremos si hay más cocodrilos que liebres, o si hay más liebres que cocodrilos... El asunto era trascendental: ¿Cuántos cocodrilos habría en el mundo?... Estos animalotes nacen ciegamente del huevo, comen, riñen, aman, se bañan, toman el sol, y después que toman el sol, se bañan, cumplen finalmente su ilustre existencia de cocodrilos; y, sin embargo, no se ocupan nunca de meditar un poco sobre el destino para que han sido creados, ni piensan nunca en cosa tan grave como averiguar cuántos son y, sobre todo, si son más que las liebres... Y nosotras, lo mismo: ¿Cuántas liebres somos?... A ninguna de mi aturdida especie se le ocurre esta

bostezaba largamente, abriendo una tremenda boca, capaz de tragarse uno de los recios y aristados peñascos que erizaban la costa; un cocodrilo pequeño chillaba desahogado, sin duda ávido de pastel de liebre...

Pero tuve todo el valor que necesitaba y que jamás las medrosas liebres tuvieron.

Esperaban los cocodrilos. Yo pasaba a saltos sobre el improvisado piso de sus lomos y me puse a contarlos.

—Uno, dos, tres... diez... veinte... cincuenta... ciento... ciento cincuenta... doscientos... ¡Cuántos brutos hay en este mundo!... Doscientos cincuenta... trescientos... así sucesivamente... hasta no sé cuántos...

Al punto de acabar, y cuando iba a saltar a tierra, me eché imprudentemente a reír, y grité:

—¡Oh, estúpidos cocodrilos! Me río de lo que acabáis de hacer, y no me preocupáis cuantos sois, ni me interesan liebres; interesábame tan sólo tener puente para pasar...

¿Por qué me burlé ya de aquella manera, con tan peligrosa temeridad, antes de estar a salvo en tierra firme? ¡Qué importunas fueron

y qué funestas e innecesarias mis palabras! El último cocodrilo, el que se encontraba tocando tierra de Keta, me alcanzó y me desprendió toda la piel.

—Bien lo habéis merecido—le interrumpió a la liebre su alteza el príncipe ochenta y uno—, por haber sido tan cándida después de haber sido tan astuta. En fin, continuad vuestra historia.

—Pues—prosiguió la liebre—cuando me encontraba tendida aquí, los ochenta príncipes que han pasado antes que vos me han aconsejado, para chancearse de mí, que me bañara en el agua salada. Como me lo indicaron lo hice; mas estoy diez veces más mala que antes, y todo mi cuerpo sufre horriblemente.

Advirtió entonces su alteza ochenta y una a la liebre:

—Id a bañaros en el río cercano. Lavaos bien con el agua fresca y tomad el polen de los juncos que crecen abundantes en las orillas; tendéos luego en la yerba y revolcaos en ella. Si esto hacéis, vuestra piel sanará y vuestro pelo renacerá de fijo.

La liebre, levantándose dolorida y renqueando penosamente, siguió este consejo.

Descendió al río, se zambulló en el agua clara y fresca, brillante al despejado sol del mediodía; tomó presto el granulado y suave polen de los floridos juncos, se tendió, frotándose repetidamente sobre los céspedes, y esta vez consiguió curar por completo, y su piel se cicatrizó, y su blanco pelo se hizo más espeso y lustrante que había sido nunca.

Entonces la liebre dijo a su bienhechor:

—Los ochenta príncipes, vuestros hermanos, no conseguirán ciertamente, ni uno ni otro ni ninguno, a la gentil y codiciada princesa de Inaba. Ni quienes así son tan torpes, tan ambiciosos y perversos pueden ser reyes; que un rey no puede serlo sino por su rectitud, su bondad y sus buenas costumbres. ¿Cómo habrían de compadecerse de un pueblo quienes no se compadecieron de una humilde liebre? ¿Cómo pudieran ver un hermano en cada súbdito quienes empiezan por prostituir el noble sentimiento de hermano? Ellos, que se han adelantado a vos, llegarán más tarde que vos. No obstante que lleváis el saco, vuestra alteza será quien ha de obtener la mano de la pretendida y la gobernación del reino.

Las cosas ocurrieron así, efectivamente, como había predicho la liebre.

Se dió una brillantísima fiesta de recepción; hubo inusitado derroche de luces, de músicas, de bailes, de festejos, de desfiles marciales y cortesanos. Asistió la más selecta concurrencia, entre la que destacaba una viejecita bigotuda, con cara de liebre... Al final, a la emocionante hora decisiva, la excelsa princesa rechazó, con toda solemnidad, a los ochenta hermanos y eligió al postrero, al ochenta y uno, que era muy amable y bondadoso y digno.

El fué, pues, hecho y proclamado único rey del país, y vivió venturoso hasta el último de sus días.

José BRUNO

Ilustración de Agustín.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

LA MUJER A QUIEN HABIAN ROBADO EL ALMA

Novela corta original de Manuel Chaves Nogales

Ya a punto de casarme, advertí que no sentía el menor afecto por mi prometida. No; decir esto tal vez sea inexacto. La seguí que-

riendo, pero... había ocurrido una tras-

migración, un pequeño llo. Me explicaré. Mis relaciones amorosas con la que debía ser mi mujer tenían ya seis años de fecha. En este tiempo pude convencerme de que mi elección había sido acertada. Cada día de los transcurridos me había revelado una nueva virtud de mi prometida, que al cabo del tiempo llegó a mostrarse tal y como yo la había soñado. Con todas aquellas buenas cualidades y aun—¿por qué no decirlo?—con aquellos vicios y defectos que me hubiese agradado encontrar en mi mujer, ya que la ilusión amorosa, hasta la más pura, tanto se alimenta de vicios como de virtudes. Parecía como si una benévola deidad hubiese ido dotando a aquella mujer de todos los atributos que a mi imaginación se le antojaban. Y, sin embargo, estuve a punto de adquirir la certidumbre de que me era en absoluto indiferente.

Pasaba las tardes junto a ella, sumido en una verdadera inconsciencia, y todavía recuerdo con horror el desgano, la acedia de aquellas interminables entrevistas con mi novia en los últimos tiempos. La madre, atenta a las faenas de la casa, andaba de acá para allá, deslizándose suavemente sobre sus zapatillas de orillo; a veces nos dejaba solos y a veces nos quedábamos en compañía de mi cuñadita, una chiqueta alborotada, seis años más joven que mi prometida, que nos entretenía con sus cancioncillas, sus bromas y su melosería. Cuando ella estaba con nosotros la escena era soportable; pero cuando mi novia y yo nos quedábamos solos, la tirantez, la violencia de mi situación era insufrible. Mi novia, con una constancia irritante, horribaba un ajuar eterno. Me parecía que llevaba miles de años viéndola enzarzar nuestras iniciales, que adoptaban ya posturas descoyuntadas y francamente grotescas, para hacer gráfica y ostensible nuestra futura unión.

—¿Qué tienes? ¿Estás malo?—me preguntaba.

—No.

—¿Triste?

—Psé.

—¿No me quieres?

—Sí.

—¿Cómo te aburres a mi lado?...

—No...

Felizmente, mi cuñadita hacía irrupción en la sala; y con sus mimos y sus risas, el ambiente me parecía más respirable; evitaba ella, al interponerse entre mi novia y yo, aquella sensación clara de asfixia que al verme a solas con mi prometida no podía desecharse. Y así matábamos el tiempo.

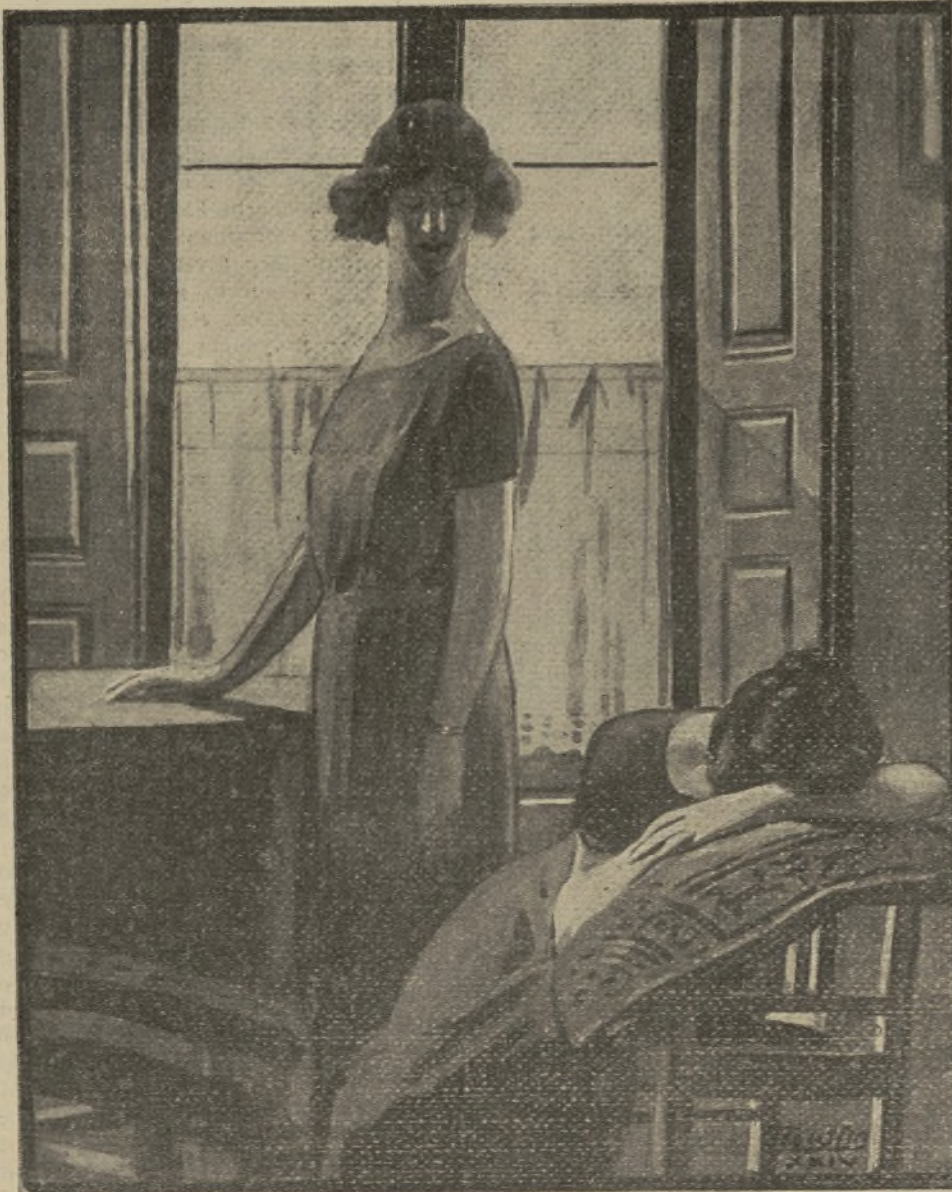
Al principio no me di cuenta cabal de lo que me sucedía; a pesar del agobio, del verdadero tormento que para mí representaba el continuar aquellas relaciones, jamás pensé en cortarlas. Iba por las tardes a casa de mi novia, empujado por una fervorosa ilusión, la misma ilusión que me llevó hacia ella seis años antes. No habían cambiado en nada mis sentimientos. Me preció de ser un hombre sensato; sé el verdadero valor de las pasiones; conozco mi consecuencia, mi lealtad a mis propios sentimientos; y aquel desgano para con mi prometida, aquel cansancio, aquel aburrimiento que me dominaban por encima de toda reflexión y aun soterrando arbitrariamente una ilusión, una ternura y un deseo insatisfechos, vivos allá en el doble fondo de mi ser, me irritaban hasta el punto de dejarme sumido en una perpleji-

dad de idiota. No podía convencerme, por más que hacía, de la realidad de aquel desamor. ¡Claro! ¡Como que no había tal desamor! ¡Como que, lejos de haberme cansado de mi prometida—al fin, lo supe—, cada día la deseaba más! Sino que no en ella..., en su hermana.

Seis años se llevaban mi novia y mi cuñadita y seis años tenía de fecha mi noviazgo. ¿Qué había de extraño en el hecho de que, andando el tiempo, a punto ya de casarme, encontrase, no en mi novia sino en su hermana, seis años más joven que ella, aquella gracia, aquel in-

del agrado de la hermana mayor, ahora era recibido por la más pequeña con el mismo agrado, con idéntica ternura. Si eran una y la misma, ¿cómo hubiera podido ser que una me quisiera y la otra no?

No sabría decir exactamente cómo se reveló nuestro amor. Desde el primer momento ella y yo lo tomamos como cosa sabida, como viejos amantes que éramos, entra los que por algún tiempo se hubiese interpuesto una ausencia. Recuerdo que una tarde mi cuñadita me acompañó por el pasillo hasta la escalera. Siem-



definible encanto que fueron el acicate de mi amor? Charlando lánguidamente con mi prometida observaba, codicioso, a mi cuñadita; acechaba sus gestos y sus ademanes, escudriñaba en su alma, y, para tormento de la mía, encontraba en ella, con prodigiosa fidelidad, los mismos atractivos que antes me arrastraron hacia la hermana, entonces tan distinta y tan alejada de sí misma. No estaba en mí la inconsecuencia; no era una versatilidad de mi carácter; yo era el mismo, siempre fiel a mis apetencias. Era ella la que había trasnigrado su gracia a la hermanita adolescente.

II

Soy profesor de Filosofía, joven profesor de Filosofía, y estoy ya a cien leguas de Kant y de su imperativo categórico. No encontré, pues, razones bastantes en mi ciencia para renunciar a mi amor por la pequeña. Además, el parecido físico de mi cuñadita a mi novia se completó con la semejanza espiritual. Advertí, alborozado, que así como antes yo había sido

pre, al despedirme, le dedicaba una breve caricia fraternal; aquella tarde, no sé por qué, sin el alucinante remolo de las iniciaciones de amor, naturalmente, con absoluta serenidad, la cogí por la cintura y la besé en la boca, con ese sosiego, con ese regodeo con que besamos los labios que han sido nuestros muchas veces. Ella no se inmutó tampoco; esperaba seguramente aquel beso desde hacía mucho tiempo.

—Adiós.

—Adiós; no dejes de venir mañana.

Ni una palabra más. La hermana quedó para siempre ensombrecida, difuminada; ya nunca volví a verla con nitidez; era como una sombra sobrenatural, un alma en pena que bordaba un ajuar eterno. Esquivándola, rehuendo su inoportuna presencia, mi cuñadita y yo cubrimos en desenfundada carrera las primeras etapas de nuestra pasión.

Fué milagroso que mi prometida no advirtiese lo que ocurría. A ninguna mujer se le hubiese ocultado aquella traición; pero mi prometida no era realmente una mujer, era una supervivencia, un pobre

cuerpo sin alma. El alma única e indivisible había huido de su cuerpo, endurecido por el tiempo, para aposentarse en la blanda y armoniosa envoltura carnal de mi cuñadita.

Había que creer en la trasmigración de las almas.

Esta acomodaticia creencia aventó todos mis escrúpulos y mis remordimientos. Me entregué por completo al amor de la pequeña y fui feliz. Es difícil comprender mi felicidad de entonces.

III

Imaginad que poseéis un tesoro y que el tiempo os ha ido arruinando insensiblemente mientras pasabais hambre y sed por conservarlo intacto. Esto es lo que me había ocurrido con mi novia; en seis años, su lozanía, su gracia, su frescura se habían perdido para siempre, y cuando, al fin, me hallaba en situación de desposarla, la encontraba dura ya, reseca, envejecida. El caudal de mi felicidad se me había ido de entre las manos sin acercarlo a mi boca sedienta. ¡Qué alegría cuando lo ví renacer, por un verdadero milagro, en las formas blandas y armoniosas de mi cuñadita adolescente!

Gozamos mucho. Por las mañanas nos veíamos en el fondo de los jardines más escondidos y penumbrosos de la urbe. Eran las horas limpias y claras de nuestro amor. Nos olvidábamos de todo, y libres de remordimientos reíamos, reíamos inocentes con los chiquillos y los pájaros; comíamos golosinas, inventábamos travesuras y nos alegrábamos, con una alegría tan sana que yo pensaba, al recordar, no sin esfuerzo, la tragedia de la otra, la despojada del alma, la desalmada, si estábamos privados de sentido moral, si habríamos extirpado en nosotros la conciencia.

Una noche, estando a solas con mi prometida, hice una de aquellas furtivas salidas al pasillo, donde me encontraba con mi cuñadita. Allí, en la penumbra, estuvimos hablando largamente. De súbito se abrió la puerta del gabinete y lanzó sobre el pasillo un rectángulo de luz, en el que se recortaba netamente la silueta de mi novia. Avanzó hacia nosotros, que, mal disimulados por la sombra de unos cortinones, permanecimos sobrecogidos de espanto. Pasó a nuestro lado, alta, erguida, rígida, moviéndose al compás, con un escalofriante automatismo. Miró hacia donde nosotros estábamos. ¿Nos vió? Creo que nos miró sin ver o, más bien, que sus ojos nos vieron, pero se negaron a llevar hasta la conciencia la terrible noticia de nuestra traición. No se enteró.

No se hubiese enterado nunca la pobre «desalmada». Hay algo más fuerte que la realidad, y ese algo, esa incapacidad de los sentidos para percibir lo que cae fuera de toda previsión, de toda preconcepción, fué lo que encubrió nuestras liviandades. Así hubiésemos continuado, sabe Dios cuánto tiempo, a no haber sido por la concurrencia, sólo por nosotros imprevista, de una circunstancia que nos forzaba a poner término a aquella situación dentro de un plazo fijo.

Cuando por boca de mi cuñadita supe lo que ocurría, no tuve ni un momento de duda. Busqué una solución con ahínco, a la desesperada. Y la encontré. Era terrible; pero había que encontrarla y la encontré. Días después yo emprendía un imprevisto viaje a provincias.

IV

En una de esas ciudades escondidas, ciudades empozadas, de las que apenas escapa de tiempo en tiempo un murmu-

llo, así enfermo. Así lo comuniqué en una carta a mi prometida. Dos días después recibí contestación suya. Era una carta llena de ternura y dolor, en la que a vuelta de mil recomendaciones favorables a mi salud, me pedía, atemorizada, diera por terminado mi viaje.

Dejé pasar unas fechas y volví a escribir; seguía postrado en el lecho, pero la enfermedad parecía ceder. A esta carta siguieron otras; en todas ellas daba cuenta detallada de mi enfermedad. Las respuestas de mi prometida llegaban hasta mí como gritos de angustia de un corazón que se deshacía en el dolor. Rasgaba los sobres de sus cartas con la fría convicción de que iba rompiendo un alma en pedazos. Pero ¿es que para mí tenía alma aquella mujer?

En poco más de veinte días mi enfermedad sufrió varias alternativas, que fueron otros tantos escalones hacia la gravedad de mi estado. A las cartas, cada vez más pesimistas por mi parte, y más acongojadas por la suya, sucedieron los despachos telegráficos más breves y terribles a medida que avanzaban los días. La gravedad llegó, por fin, a un límite extremo. Y fallecí.

No me fué difícil dar una absoluta verosimilitud a mi muerte. Por fortuna, carecía de parientes próximos que hubiesen podido complicar el asunto, y mis amigos eran tan pocos y tan superficiales, que no había peligro de que descubriesen con su solicitud el fraude. Un pobre profesor de Filosofía tiene, por otra parte, tan poca actualidad, tan poco relieve en el mundo, que bien puede desaparecer de él sin dejar rastro de su humilde existencia. La familia de mi prometida hacía, además, una vida tan retraída y aislada en el turbión de la metrópoli, que jamás hubiese podido informarse de lo ocurrido allá en el fondo de una ciudad dormida, en la que hasta los grandes hechos se apagan y enmudecen para dejar oír el confuso rumor de los siglos, pasando y repasando sobre ella en históricas cabalgadas. Supe escoger a conciencia el lugar donde había de ocurrir mi fallecimiento.

V

Por lo que después supe, mi prometida me amaba más de lo que yo la creía capaz. Siempre tendré en mi vida el remordimiento, no ya de haberla hecho sufrir de aquel modo, sino de haber dejado que se perdiese aquella ternura. ¡Hay ya tan poca ternura en el mundo!

En los primeros momentos de mi gravedad intentó volar a mi lado; de no haberlo impedido su hermana luchando con ella heroicamente, nuestra superchería se hubiese descubierto. Fué espantosa la lucha que mi cuñadita tuvo que sostener con ella para contenerla. Aun me maravilla imaginar la fuerza de voluntad, el tesón, la sobrehumana crueldad de aquella chiquilla que presenció hora tras hora el infinito dolor de su hermana con la impasibilidad de un dios. Empeñado es mi corazón. Fríos y cerebrales son mis movimientos en la vida; pero no hubiese sido capaz de contemplar día por día el espectáculo de aquella tragedia, teniendo en mis labios la palabra reveladora que podía deshacerla como la espuma. Pero las mujeres—una mujer enamorada—están más allá del bien y del mal. Son como diosas, y por esta naturaleza divina que las hace implacables, es acaso por lo que las adoramos. Al imaginar la inhumana crueldad de mi cuñadita para con mi prometida, siempre me estremezco de terror, y muchas veces he pensado si aquella chiquilla no sería un monstruo privado de toda humana condición. Pero no; de su blanda humanidad, de su ternura, he tenido después infinitas pruebas.

Hubo, sobre todo en la alucinante posesión de aquellos días, en los que se desgarraba la vida de mi prometida, un momento culminante, cuya grandeza dramática fué superior a cuanto he conocido.

Mi cuñadita y mi novia dormían en una misma habitación, separadas las dos camas virginales por una mesilla de noche, en la que ardía una lamparilla parpadeando sobre su lecho de aceite. Mi prometida, arrebujada en las sábanas, sollozaba, con unos sollozos largos, ahogados. Había recibido por la tarde uno de aquellos telegramas que iban despojándola de toda esperanza. Mi cuñadita, inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en el techo, oía la luz vacilante de la lamparilla luchaba a duras penas con las sombras que por momentos parecía iban a vencerla y extinguirla.

Pasaron las horas. Mi prometida seguía llorando, torciéndose de dolor, arremolinando sobre su cuerpo enfebrado la revuelta cobertura.

—Sosígate, hermana—le decía mi cuñadita.

—No; no puedo.

—Sosígate, duerme; no le pasará nada.

—El corazón, hermana, me dice que está muy grave. Que va a morir.

—No digas eso, hermana.

—Sí; va a morir.

—Te digo que deliras.

—Va a morir.

—Estás loca; anda, sosígate.

—Va a morir, va a morir.

—No digas locuras. Vivirá, vivirá.

—No; el corazón me ha dicho que le pierdo, y mi corazón no me engaña nunca. ¿Qué sabes tú de estas angustias?

Guardó silencio la hermana, temblando en los labios la palabra reveladora. ¿Qué fuerza superior a ella misma le hizo no decirlo?

Así llegó el contorcio; sobre la ciudad, dormida, pasó esa ráfaga de frío precursora del amanecer. Siempre en este momento de la madrugada hay algo que cruje o chasca, algo vivo, persona, animal, vegetal o cosa que parece para siempre jamás.

Las dos mujeres, adormecidas por el dolor, oyeron como en sueños aquel chasquido y abrieron los ojos alucinados.

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡El ha muerto!—gimió mi prometida.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!—repitió la otra maquinalmente, obedeciendo a una irresistible sugestión. Y fue un fuerte el latido de aquellas palabras, que ella misma, que estaba en el secreto, para desvirtuarlas, para no creer en ellas y volver a la realidad, tuvo que gritarse, tapándose la boca con la almohada: «No ha muerto. No ha muerto. Para mí, no ha muerto.»

VI

La infeliz novia-viuda recibió pocos días después mi esquela de defunción, mi cartera, un mechón de mis cabellos—auténticos cabellos míos, que me hicieron lucir durante algún tiempo una terrible trasquiladura, que era como la marca infamante de un crimen—y algunos recuerdos más. Todo esto, que yo fríamente urdía en el cuarto desmantelado de mi fonda perdida en los recovecos de aquella ciudad disimulada en el mundo, causó horas de dolor imponderable a mi prometida. Sólo imaginar el sufrimiento de aquella pobre mujer me crispaba aún los nervios. Pero ¿no había más remedio! El tiempo corría y pronto mi cuñadita no podría disimular las señales de nuestro amor.

Inmovilizada por el dolor, mi prometida dejó pasar los días sin frío ni ca-

lor para ella, sin nubes y sin sol; días muertos que eran para la infeliz «desalmada» como un desfile eterno de almas en pena. Un poco más vieja todas las mañanas, acabó de arruinarse y extinguirse en poco tiempo. Guardó entonces bajo siete estados de tierra su inútil canastilla de boda, enfundóse en unas ropas negras y ya puede decirse que dejó de existir. Nuestro propósito estaba logrado. La habíamos matado y ya éramos libres.

Dos meses después de mi fallecimiento solicité mi traslado a otra ciudad, no menos empozada y perdida que aquella en la que se había frugado la farsa de mi óbito. Hice mis preparativos con verdadera ilusión. Tomé en arrendamiento una alegre casita encaramada en un altozano de las afueras, por cuyas laderas reptaban los naranjos y los olivos. Era en las tierras cálidas del Sur, y la cal viva de las paredes explotaba en la luz del sol, envolviendo en diafanidad los cuerpos y las almas. Así continué gozoso preparando mi felicidad minuciosamente, con esa inefable infantilidad, ese alborozo que yo hasta entonces creí privativo de las almas limpias de pecado. Aderecé mi nido con unas cretonas claras y unos juguetillos divertidos. Cuando todo lo tuve dispuesto, me tumbé en una hamaca, encendí un cigarrillo y me puse a esperar sossegadamente.

VII

Algunos días después de mi fallecimiento empecé a rondar a mi cuñadita un apuesto joven, cazado acaso por aquella diablo durante alguna de las misas que en sufragio por mi alma hizo decir mi malograda prometida. Por cierto que a estas horas no sé qué se habrá hecho de la intención de aquellas misas; algún alma necesitada de sufragios y poco escrupulosa se las habrá adjudicado. Hago mención de estas pequeñas cosas para que se vea hasta qué inconcebibles maquiavelismos era capaz de urdir aquella personilla enamorada. No sé si aquel inocente joven fué cazado con alevosía por mi cuñadita, ya con la intención preconcebida de destinarle al sacrificio, o si él mismo o, mejor dicho, su implacable destino, sugirieron la diabólica idea a la muchacha al ir hacia ella reiteradamente y estrecharla en el cortejo. Con alevosía o sin ella, supo mi cuñadita enzarzar en la red de sus miradas dulzonas de chiquella a aquel joven, digno de mejor suerte, que en pocos días hizo, llevado de su pasión, todas las estupideces necesarias para que la madre y la hermana le considerasen nocivo y amonestasen a la pequeña, pretendiendo obligarla a que no diese alas a la pasión de aquel joven insensato.

El insensato estaba gozoso que no cabía en el pellejo. Era un hombrecito rubio, blanco y blando, presumidillo, estirado, con un gran ansia de gozar la vida que entonces comenzaba a entrever, y sin dos adarmes de sal en la mollera. De haberlos tenido no le hubiese podido hacer mi cuñadita la jugarreta que le hizo.

¿Cómo se ingenió la muy indina para soliviantarle hasta el punto de hacerle realizar las mayores gansadas sin que ella llegase a comprometerse nunca? En pocos días le hizo entrar en la casa, hablar formalmente con la madre, pedir permiso para continuar las relaciones y después cometer tal serie de inconveniencias y locuras, que la buena señora, por buena y desentendida que fuera, no tuvo más remedio que plantarle de patitas en la calle. Ya estaba. El amor contrariado. Lo que ella necesitaba para su plan.

Lloró, gimoteó y amenazó con suicidarse, todo con tanta propiedad, con tanta gracia, que la pobre madre llegó a creer firmemente en la desgracia de su hija, empujada por un amor imposible. Dióse tal maña, que supo hacer de un tonto un personaje diabólico, y de un capricho juvenil, un terrible apasionamiento. La madre y la hermana leían frecuentemente novelas. Y creyeron en la tragedia.

Llegó a crear en ella el mismo inocente cortejador, que, sin saber cómo, sin comerlo ni beberlo, se vió a sí mismo héroe novelesco, seductor terrible, fiero amante capaz de todo por lograr su amor. Cuando el horno estuvo para bollitos, aquel geniecillo del mal con faldas empezó a sugerir al mozo su atrevido plan en cartas que claudeslinamente se cruzaban y en furtivas entrevistas que iban arrebatando y enloqueciendo al pobre bobalicón, metido de hoz y coz en aquella maravillosa aventura.

Pero nuestro hombre no era tan insensato como parecía. Naufrago en medio del oleaje pasional que le movía mi cuñadita, se agarraba a la realidad como a un leño y se resistía heroicamente a ser arrastrado. No quería seguir adelante. Ni él era un terrible seductor ni Cristo que lo fundó, ni aquello debía tomar otros derroteros que los que son lógicos y naturales. Fueron precisas toda la astucia, toda la tenacidad y la malicia del mundo para desprender a aquel mastuerzo de la realidad, a la que se aferraba como un alcornoque a la tierra, balancearle en el vacío y lanzarle al espacio como un pelele. Al fin, perdió pie, se dejó arrastrar y pensó en raplar a la muchacha.

Con sus dengues, sus escrúpulos y su hipocresía avivó ella el furor satánico de aquel buenazo que llegó a crearse de buena fe que aquella perversa idea del rapto se había cocido en el puchero que tenía sobre los hombros y que habían sido sus palabras, sus diabólicas palabras de seducción las que había enloquecido a su inocente amada, víctima de sus afechanzas.

Ultimaron cuidadosamente todos los detalles de la fuga. Ella dejó escrita una carta dirigida a su madre y su hermana, a las que anunciaba su huida con aquel joven «al que amaba más que a su propia vida». Les pedía perdón y olvido. Hizo, además, que el joven don Juan escribiese una carta análoga a sus padres, y ya se encargó él, sin necesidad de nadie que se lo recomendase, de divulgar, afano, la noticia de su conquista entre sus amigos. La fuga de mi cuñadita fué, pues, casi una ceremonia pública y tuvo toda la repercusión que a ella y a mí nos convenía que tuviese.

Una tarde quedaron citados en la puerta misma de su casa; procuró ella que les viese la portera, y juntos marcharon después hacia la estación del Mediodía, donde tomaron billetes para el tren correo, que diez minutos después partía en dirección al Sudeste. A la tercera estación del trayecto la línea se bifurcaba y el correo daba paso al expreso del Sudeste, el mismo que ya al amanecer pasaba allá a lo lejos frente a mi casita, desde cuyas ventanas yo lo veía ir, esperando siempre el día que había de traerme la felicidad en forma de una viajera recién casada que me había perdido al esposo y trae los anillos de la boda guardados en el bolsillo porque el viaje no se los marchite.

Así vi llegar a la mañana siguiente a mi cuñadita.

VIII

No será necesario contar la jugarreta que mi amada había hecho al inocente conquistador. Declaro que no tuvo en ella arte ni parte, y que hasta el momen-

to en que ella vino a mí y yo no supe por qué caminos había llegado. Una vez consumada la farsa de mi fallecimiento y refugiado en aquel rincón amable, hice saber a mi joven amor el lugar del mundo adonde yo había ido a esconderme y, como dije antes, me senté a esperar sossegado. Yo sabía que no tardaría en venir.

Alborozada, nerviosa, riéndose con limpias y sonoras carcajadas me contaba los incidentes de la fuga, sus sobresaltos, sus picardías, la astucia que había tenido que emplear para repeler cortésmente las caricias que obstinadamente se obstinaba en prodigarle su compañero de fuga hasta que llegaron al cruce con el expreso, en cuyo instante ella, con un pretexto cualquiera, salió, dejando muy sossegadito al novio y subió al otro tren.

—No creas—me decía ella—, pasé un miedo espantoso. Me costó mucho trabajo convencerle de que no me acompañase ni se asomase a la ventanilla, porque iba a darle una sorpresa, y cuando lo logré y me encontré al fin en tierra ya habían dado la salida del expreso. Crucé el andén en dos zancadas, con la falda levantada hasta la rodilla para poder correr velozmente. Sentí mucho que me viesen las piernas, pero no había más remedio. Cuando pude subir al expreso iba ya en marcha. ¡Qué horror! ¡Figúrate que no hubiese podido escaparme! ¿Qué hubiese hecho con aquel pasmarme? O, mejor dicho, ¿qué hubiese hecho él conmigo?

—Siempre hubieras sabido escurrirte, diablo.

—En fin, allá se quedó muy quietecito en su vagón esperando la sorpresa.

—¿Qué habrá hecho al darse cuenta de la burla que le has gastado?

—Reflexiones. ¿Qué quieres que haga?

—¿Y no temes que cuente lo ocurrido a tu madre y tu hermana, o lo diga por ahí y llegue hasta ellas?

—No; no lo dirá. Se arrancará la lengua antes de confesar que ha hecho el ridículo. Es lo suficientemente necio para ello.

—Sí; pero más adelante...

—Más adelante, él dirá, jactancioso, que me abandonó; la gente lo creerá y todos supondrán que ando por algún escenario cantando y bailando, o tal vez metida en algo peor; me creerán perdida para siempre. Y lo estoy, perdida para todos y para siempre. Como tú.

—Cierto; el amor nos ha hecho perder nos en el mundo. No te apures; él nos ayudará a encontrarnos a nosotros mismos.

—Ya nos hemos encontrado—me dijo maliciosamente, tan maliciosamente que de momento yo no pude descubrir su malicia y ella tuvo que darme a entender a cucharadas.

IX

¿Será una monstruosidad decir que fuimos felices y que tuvimos hijos que fueron una bendición del cielo? Confieso que al principio anduve algo desazo-

nado. No eran remordimientos por lo que habíamos hecho con aquella infeliz mujer. Mi corazón se ha mostrado siempre tan empeñado que jamás se dejó vencer por la sensibilidad. Era, más que remordimiento, miedo. Miedo a la crueldad de aquella mujer, amorosa cuya impasibilidad ante el dolor yo conocía como nadie. ¿Era posible que un corazón tan seco, tan implacable; un corazón que había dejado desgarrarse otro corazón fraterno por no soltar la prenda que le había robado, se sintiese alguna vez blandamente conmovido por una emoción desinteresada? Esta duda puso a prueba mi amor que, al fin, salió triunfante. Tuve mil ocasiones de contrastar la delicadeza de sentimientos de mi mujer, su capacidad de emoción, su ternura, su desinterés. Y por si alguna duda me quedase, no tuve más que escurrir en el fondo de mi alma. ¿No había sido yo tan cruel como ella, y, sin embargo, creía amarla con el más puro afecto y me creía capaz de cuantos sacrificios pudiera exigirme?

En cuanto a la infeliz a quien habíamos robado el alma, no nos importó mucho. Algunas veces la evocábamos, enfundada en sus tocas negras, inmóvilizada por el dolor, vieja, triste y sola. Pero pronto la evocación cedía el paso a cualquiera otra imagen vistosa y esmaltada de nuestro presente o nuestro porvenir. Aquel solazo vivificador del Mediodía que empalidecía los daguerreotipos de mis antepasados, acristalados en las paredes de mi despacho, iba tam-

bién desdibujando la doliente figura de mi prometida, hasta el punto de que llegaba a costarme un gran esfuerzo mental el reconstituir las líneas fundamentales de su figura, que debieran estar marcadas en nuestra mente con el hierro del crimen. A la vuelta de dos años se había borrado por completo su imagen; ya sólo me queda el recuerdo de los hechos, y antes de que éstos se me pierdan también de vista quiero fijarlos de algún modo, y por eso he urdido este relato, que conservo, y de tiempo en tiempo leo, porque el recordar, el revivir aquellos días es la única expiación de mi culpa, ya que la Divinidad ha sido benévola conmigo y me ha concedido el ser feliz. Esto es para mí una cosa inexplicable.

★

Jamás he podido comprender cómo nos fué posible, lo mismo a mí que a mi amada, soterrar tan hondo en la conciencia el crimen que habíamos cometido. Ni una sola vez turbó el remordimiento nuestra felicidad; ni por una momento se nos interpuso la infeliz muerta en vida. Nunca, nunca...

Hasta que una vez ella pasó a nuestro lado, arrebuñada en sus tocas negras. Con las pupilas dilatadas por el espanto, nos vió ir. ¿Qué pasaría por su alma en aquel minuto?

Manuel CHAVES NOGALES

Ilustración de Agustín.

Vida Literaria y Artística

Un españolizante

Con Valery Larbaud y Francis de Miomandre, Jean Cassou es uno de los escritores franceses que mayor curiosidad demuestran respecto de la literatura española. Fué Valery Larbaud quien dió a conocer en Francia a Ramón Gómez de la Serna, publicando, bajo el título de «Echantillons», *Muestrario*, una primera traducción. Jean Cassou acaba de verter al francés una nueva obra del escritor español: la novela «La viuda blanca y negra».

Jean Cassou nació en España, en Bilbao, de padre francés y madre española. Educado en Francia, ha visitado, sin embargo, frecuentemente el país de su nacimiento y está perfectamente enterado de cuanto ocurre en él.

«El movimiento intelectual español—dice—ofrece un período particularmente floreciente a partir de 1898. España tiene un valor espiritual y este valor se manifiesta en obras abundantes: es, pues, preciso no seguir ignorándola. Ramón Gómez de la Serna es uno de los escritores más jóvenes de su país. No tiene más que treinta y tres años. Pero su fecundidad, cualidad del todo española, le ha valido para tener escritas ya numerosas obras. Valery Larbaud, en el prefacio que puso a la cabeza de «Echantillons», ha explicado el método de este joven escritor transpirenaico. Por lo que a mí se refiere, declara Jean Cassou, estoy preparando actualmente una traducción de «Senos», libro del que ya publicó Larbaud algunas páginas en «Echantillons».

Cassou cuenta que miss Barney, fogosa amazona, escribió a Ramón Gómez de la Serna para reprocharle lo que él había escrito sobre los senos. «En verdad, dice Jean Cassou, Gómez de la Serna no juega con las palabras. No está nunca en un plano cerebral. El se burla de los signos, no ve más que los objetos, en creado, sin preocuparse lo más

mínimo de los encañamientos lógicos.»

Merced a su doble origen y a toda la libertad creadora que debe a su herencia española, Jean Cassou, que prepara una traducción de Unamuno, cuenta también con escribir obras personales; ahora está terminando una novela titulada «La serenata de Tosselli». También quisiera hacer una galería de retratos españoles.

En afición hacia exóticas literaturas no ha destruido en Jean Cassou su amor hacia las letras francesas. El fué quien, en compañía de Maurice Martin du Gard y Pillement, fundó las «Lettres parisiennes», en donde fueron publicados los primeros versos de Morand.

Renán, candidato

¿Deben los sabios y los filósofos afrontar los huracanes de la vida política e intentar los azares del sufragio universal?

He aquí el manifiesto electoral escrito por Renán, el genial filósofo francés, con ocasión de su candidatura, presentada en mayo de 1869, bajo el Imperio liberal, por el distrito de Maux en Seine-et-Marne.

En su declaración de principios, Renán empezaba por afirmar que no pertenecía a ningún partido; a continuación desarrollaba rápidamente el ideal político y social, al cual permaneció fiel durante toda su vida: la libertad bajo todas las formas, libertad de Prensa, de reunión, de asociación; libertad religiosa entendida en el sentido de una absoluta neutralidad por parte de la Iglesia en todos los asuntos de la política; todas estas libertades garantizadas por un Gobierno estable que buscaría el progreso en el desenvolvimiento de la instrucción, en el juego regular de las instituciones, en evitación de los dos males más temibles: la guerra con el exterior y la revolución en el interior.

Era, como se ve, el programa del partido moderado, el tercer partido (Renán fué clasificado bajo esa etiqueta), el que menos probabilidades tenía, en virtud de

su propia moderación, de ser aceptado por la mayoría de los electores, ávidos de polémicas y de contradicciones violentas. Renán era demasiado perspicaz para no darse cuenta de la poca atracción que semejantes opiniones podían ejercer sobre una asamblea, y, sin embargo, en otra circular, ensayaba de hacer un llamamiento al buen sentido de las poblaciones que él había reconocido por inteligentes y razonables, afirmando que «la verdad se encuentra entre los dos extremos, y que yendo moderadamente se debe avanzar con mayor seguridad», evitando todo cataclismo revolucionario.

Y Renán, tan entregado siempre a la duda, se transformó en un creyente casi entusiasta, y aseguraba que había sabido conquistarse para siempre la voluntad del monstruo popular.

«Todo va bien—escribía en una carta a Neffzer, de 14 de mayo de 1869—. Estoy obteniendo resultados mucho mejores de los que era dable esperar. Apostaría uno contra uno por mi éxito. Jouvencel no quiere aliarse conmigo, pero se verá obligado a ello por la fuerza misma de las cosas y la voluntad de su propio partido.» La misiva contenía un urgente llamamiento en favor de su candidatura para la Prensa parisién, cuya opinión podía ser de mucho peso.

Renán hizo cuanto pudo por ganar la elección. Multiplicaba las reuniones públicas, no sólo en los centros importantes, sino hasta en las más pequeñas localidades. Por todas partes su maestría oratoria realizaba maravillas, obteniendo éxitos personales que estaban muy lejos de alcanzar en público sus dos competidores: M. De Jouvencel, demócrata radical, y M. De Jaucourt, gubernamental. Su esperanza en la victoria era firmísima.

Sin embargo, Renán fué derrotado. ¡Qué lección tan descorazonadora!

EL IMPARCIAL se vende en París en los principales quioscos y en casa de los Sres. Corbaly Frères, rue de Ste. Cecile, 46.

Los Libros de la Semana

Los ángeles guardianes, novela, por Marcel Prevost, de la Academia francesa.—Correctamente vertida al castellano por Próspero Miranda, se acaba de publicar esta hermosa novela, una de las obras más perfectas del insigne literato francés.

×

Niñas «bien» de casas «mal», novela, por Luis León.—Sátira violenta de las costumbres de nuestra época, admirablemente trazada. El estilo es sobrio y adecuado; la observación psicológica es certera en todo momento.

×

La mujer que soñamos, novela, por Guillermo Díaz Caneja.—Se ha publicado recientemente la tercera edición de esta bella novela, una de las más interesantes producciones, tanto por su fábula como por el estilo, del celebrado autor de «El sobre en blanco».

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

De José A. Balseiro,

notable poeta portorriqueño, acaba de publicarse

LA COPA DE ANACREONTE

Libro de honda y sugestiva poesía, llena de ritmo y musicalidad, al través de cuyas estrofas se puede observar las admirables dotes del autor, destinado a ocupar un alto puesto en el Parnaso hispanoamericano

PRECIO: 4 pesetas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la
= CASA DEL LIBRO =
Pl y Margall, 7



CARLOS COPPEL
FABRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 **CERTIFICADO DE GARANTIA** **MADRID**
CON CADA RELOJ



¡MUJER!
BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...
SELLO YER
SALUD. ALEGRIA.
BIENESTAR...
Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa